

Sermón de los Arrianos, (C,S)

Donde los números están anotados en cada lugar para que, cuando comience a leerse la respuesta, quien lo desee pueda atender si a cada lugar se ha respondido de manera adecuada y diligente; porque la misma respuesta también tiene los mismos números, por los cuales se muestra a qué lugar se responde.

1. Nuestro Señor Jesucristo, Dios unigénito, primogénito de toda la creación.
2. Constituido por la voluntad de Dios y de su Padre antes de todos los siglos.
3. Por la voluntad y mandato de Él, hizo con su poder las cosas celestiales y terrenales, visibles e invisibles, cuerpos y espíritus, de lo que no existía, para que existieran.
4. Y antes de que hiciera todas las cosas, fue constituido Dios y Señor de todo lo futuro, rey y creador, teniendo en su naturaleza la presciencia de todo lo futuro, y en la acción esperando en todo el mandato del Padre; Él mismo, por la voluntad y mandato del Padre, descendió del cielo y vino a este mundo, como Él mismo dice: Porque no he venido de mí mismo, sino que Él me envió (Juan VIII, 42).
5. Y porque de todos los grados espirituales y racionales, debido a la calidad y fragilidad del cuerpo, el hombre parecía un poco inferior a los ángeles (Salmo VIII, 6): para que no se considerara vil y desesperara de su salvación, el Señor Jesús, honrando su creación, se dignó asumir carne humana; y mostró que el hombre no es vil, sino precioso, como está escrito: Grande es el hombre y precioso el varón (Prov. XX, 6, según LXX). Y por eso se dignó hacer al hombre solo heredero de su Padre, y coheredero suyo; para que lo que había recibido menos en naturaleza, lo tuviera más en honor.
6. Cuando, dice, llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer (Gálatas IV, 4). Él mismo, que por la voluntad del Padre asumió carne, también por la voluntad y mandato de Él vivió en el cuerpo, como Él mismo dice: He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió (Juan VI, 38). Él mismo, por la voluntad del Padre, fue bautizado a los treinta años, manifestado por la voz y testimonio del Padre (Lucas III, 21-23), por la voluntad y mandato del Padre predicaba el Evangelio del reino de los cielos, como Él mismo dice: Y a otras ciudades debo predicar el Evangelio; para esto he sido enviado (Id IV, 43); y, Él me dio mandamiento de qué decir o hablar (Juan XII, 49). Y así, por la voluntad y mandato del Padre, se apresuró a la pasión y muerte, como Él mismo dice: Padre, pase de mí este cáliz; no obstante, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres (Mateo XXVI, 39). Y el Apóstol afirmando y diciendo: Se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II, 8).
7. Él mismo, colgando en la cruz, por la voluntad y mandato del Padre, dejó la carne humana que asumió de la santa virgen María en manos de los hombres, y encomendó su divinidad en manos del Padre, diciendo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas XXIII, 46). Porque María dio a luz un cuerpo mortal, pero Dios inmortal engendró un Hijo inmortal. Por lo tanto, la muerte de Cristo no es una disminución de la divinidad, sino una deposición del cuerpo. Así como su generación de la virgen no fue una corrupción de su deidad, sino una asunción del cuerpo; así también en su muerte no fue una pasión y deficiencia de su deidad, sino una separación de su carne. Así como quien rasga una vestidura hace injuria al que la lleva puesta; así también quienes crucificaron su carne, infligieron afrenta a su divinidad.

8. Él que por la voluntad y mandato del Padre cumplió toda la dispensación, por la voluntad y mandato del Padre resucitó su cuerpo de entre los muertos; y con ese mismo cuerpo, como pastor con oveja, y sacerdote con ofrenda, y rey con púrpura, y Dios con templo, fue asumido por el Padre en gloria.

9. Él que por la voluntad del Padre descendió y ascendió, por la voluntad y mandato del Padre se sienta a su derecha, escuchando al Padre decirle: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Salmo CIX, 1). Él que por la voluntad y mandato del Padre se sienta a su derecha, por la voluntad y mandato del Padre vendrá en la consumación del siglo, como clama el Apóstol diciendo: Y el mismo Señor, con mandato, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo (I Tesalonicenses IV, 15). Él que por la voluntad y mandato del Padre vendrá, por la voluntad y mandato del Padre juzgará al mundo entero con equidad, y dará a cada uno según su fe y sus obras; como Él mismo dice, El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo: también, Como oigo, juzgo, y mi juicio es verdadero; porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió (Juan V, 22, 30). Por lo tanto, en el juicio antepone la presencia del Padre, y pospone su propia dignidad y potestad divina, diciendo: Venid, benditos de mi Padre (Mateo XXV, 34). Por lo tanto, el justo juez es el Hijo: pero el honor y la autoridad del que juzga son las leyes imperiales del Padre; así como la oficiosa abogacía y consolación del Espíritu Santo es la dignidad del Unigénito de Dios, justo juez.

10. Por lo tanto, el Hijo es engendrado por el Padre: el Espíritu Santo es hecho por el Hijo.

11. El Hijo predica al Padre: el Espíritu Santo anuncia al Hijo.

12. La primera y principal obra del Hijo es revelar la gloria del Padre: la primera y principal obra del Espíritu Santo es manifestar la dignidad de Cristo en las almas de los hombres.

13. El Hijo es testigo del Padre: el Espíritu es testigo del Hijo.

14. El Hijo es enviado por el Padre: el Espíritu es enviado por el Hijo.

15. El Hijo es ministro del Padre: el Espíritu Santo es ministro del Hijo.

16. El Hijo es mandado por el Padre: el Espíritu Santo es mandado por el Hijo.

17. El Hijo está sujeto al Padre: el Espíritu Santo está sujeto al Hijo.

18. El Hijo hace lo que el Padre manda: el Espíritu Santo habla lo que el Hijo manda.

19. El Hijo adora y honra al Padre: el Espíritu Santo adora y honra al Hijo: el mismo Hijo diciendo, Padre, yo te he glorificado en la tierra, he consumado la obra que me diste que hiciera (Juan XVII, 4): y del Espíritu Santo dice, Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará (Juan XVI, 14).

20. El Hijo no puede hacer nada por sí mismo (Id. V, 19), sino que en todo espera el mandato del Padre. El Espíritu no habla por sí mismo, sino que en todo espera el mandato de Cristo: No hablará por sí mismo; sino que hablará todo lo que oyere, y os anunciará lo que ha de venir (Id. XVI, 13).

21. El Hijo intercede por nosotros ante el Padre: el Espíritu intercede por nosotros ante el Hijo.

22. El Hijo es la imagen viva y verdadera, propia y digna de toda bondad, sabiduría y virtud del Padre: la manifestación de toda sabiduría y virtud del Hijo es el Espíritu.

23. El Hijo no es parte ni porción del Padre, sino el propio y amadísimo, perfecto y pleno unigénito Hijo. El Espíritu no es parte ni porción del Hijo, sino la primera y principal obra del unigénito Dios sobre todas las demás.

24. El Padre es mayor que su Hijo: el Hijo es incomparablemente mayor y mejor que el Espíritu.

25. El Padre es Dios y Señor de su Hijo: el Hijo es Dios y Señor del Espíritu.

26. El Padre, inmóvil e impasible, queriendo, engendró al Hijo: el Hijo, sin trabajo ni fatiga, solo con su poder, hizo al Espíritu.

27. El Hijo, como sacerdote, adora a su Dios, y es adorado por todos como Dios y creador de todo: el Padre, en cambio, solo no adora a nadie, porque no tiene a nadie mayor ni igual a quien adorar: no da gracias a nadie, porque no ha recibido beneficio de nadie; a todos les ha dado ser por su bondad, Él mismo no ha recibido de nadie lo que es. Por lo tanto, esta distinción de las tres sustancias, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y la diferencia de las tres cosas, del Dios ingenito, del Dios unigénito y del Espíritu abogado: y el Padre es Dios y Señor de su Hijo, y de todo lo que por el poder del Hijo ha sido hecho por su voluntad: el Hijo es ministro y sumo sacerdote de su Padre; pero de todas sus obras es Señor y Dios, por la voluntad del Padre.

28. Y así como nadie puede pasar al Padre sin el Hijo, así tampoco nadie puede adorar al Hijo en verdad sin el Espíritu Santo: por lo tanto, en el Espíritu Santo se adora al Hijo.

29. Por el Hijo se glorifica al Padre.

30. La obra y diligencia del Espíritu Santo es santificar y guardar a los santos; y no solo a los racionales, como algunos piensan, sino también a muchos irracionales santificar: y a los que cayeron por su negligencia, restaurar al estado original; enseñar a los ignorantes, amonestar a los olvidadizos, reprender a los pecadores, exhortar a los perezosos, pensar y actuar con diligencia sobre su salvación, guiar a los errantes al camino de la verdad, curar a los enfermos, y contener la fragilidad del cuerpo mediante la prontitud del alma, y confirmar en el amor a la piedad y la castidad, e iluminar a todos; sobre todo, proporcionar fe y caridad a cada uno, según el esfuerzo y la diligencia, según la sinceridad y simplicidad de la mente, según la medida de la fe y el mérito de la conversación, dividir la gracia para la utilidad, y ordenar a cada uno en la obra y propósito en que sea hábil.

31. Ser otro que el Hijo, en naturaleza y orden, grado y afecto, dignidad y poder, virtud y operación: así como el Hijo es otro que el Dios ingenito en naturaleza y orden, grado y afecto, dignidad divina y poder, unigénito Dios.

32. Por lo tanto, es imposible que el Padre y el Hijo sean uno y el mismo, el que engendra y el que nace, el que da testimonio y el que recibe testimonio, el mayor y el que confiesa al mayor, el que se sienta a la derecha y el que da el honor del asiento, el que es enviado y el que envía; ni el discípulo y el maestro, como Él mismo enseñó diciendo, Como me enseñó el Padre, así hablo (Juan VIII, 28): el semejante e imitador y aquel de quien es semejante e imitador; el que ora, y el que escucha; el que da gracias, y el que bendice, el que recibió el

mandato, y el que dio el mandato, y el ministro al que manda, el suplicante al eminente, el sujeto al superior, el primogénito al eterno, el unigénito al ingenito, el sacerdote a Dios uno y el mismo ser.

33. Pero también Dios, sin principio, era presciente de que sería el padre del niño unigénito de Dios: pero nunca se prescibió a sí mismo como Dios, porque es ingenito, y nunca comenzó ni a prescribir, ni a saber. ¿Qué es, pues, la presciencia, sino el conocimiento de lo futuro? Pero el Padre, al engendrar al Hijo, fue nombrado por el mismo Hijo; y al revelarlo, fue conocido por todos los cristianos como Dios y Padre del unigénito Dios, y fue manifestado como mayor que el grande y mejor que el bueno.

34. Y porque los Homoousianos dicen que nuestro Salvador habló todas estas cosas sobre la presciencia del Padre y sobre su sujeción por humildad, nosotros los cristianos creemos que, por mandato del Padre y obediencia del Hijo, Él habló todas estas cosas; decimos y probamos que los herejes son refutados y reprendidos por sus propias palabras. Si Él se humilló, esa misma humildad muestra obediencia: y esa misma obediencia declara a otro superior, a otro subsistente y sujeto, como dice el Apóstol, Se humilló, haciéndose obediente al Padre hasta la muerte (Filipenses II, 8). Y esa misma humildad suya es verdad, no falsedad. ¿Quién, pues, o cuándo un sabio está contento de humillarse, si no tiene a alguien mayor y mejor a quien apresurarse a agradar por humildad? Y yo, dice, hago siempre lo que le agrada (Juan VIII, 29). Porque una vez nacido antes de todos los siglos por la voluntad de Dios, hace todo según su voluntad. Pero si se humilló y mintió, lo cual es imposible; y si la verdad miente, lo cual es imposible, ¿dónde buscará alguien la verdad? Pero la verdad ni miente ni varía, quien vino para enseñar la verdad; quien no es maestro de ignorancia, sino maestro de verdad, como Él mismo dijo: No os llaméis maestros en la tierra, porque uno es vuestro maestro, Cristo (Mateo XXIII, 10). Pero si dijeran que por su encarnación, humillándose en la tierra, hablaba estas cosas por los hombres, mostremos que esos testimonios sobre la sujeción del Hijo en las Escrituras son mayores y más firmes que los que se encuentran en el Evangelio. Porque si por los hombres en la tierra se humillaba, y no como hijo obediente y sujeto con incomparable amor y acción de gracias obedecía a su Padre; porque cuanto más sublime es en poder, tanto más humilde es en obediencia: antes de asumir carne, ¿por qué obedeció cuando fue mandado, y ahora sentado a la derecha de Dios intercede por nosotros (Romanos VIII, 34), y estando en el cuerpo en la tierra prometía rogar al Padre en el cielo, diciendo, Y yo rogaré al Padre, y os dará otro abogado (Juan XIV, 16)? Y si aún en todas estas cosas, por la dureza y ceguera de su corazón, no quisieran creer, sino que se atrevieran a decir que todas estas cosas se hacen por humildad, después de la consumación del siglo, si no supiera por naturaleza y voluntad que es sujeto y obediente, ¿por qué se humillaría, donde la humildad no es necesaria por los hombres? Pero que también después de la consumación del siglo, cuando todas las cosas le sean sujetas (I Corintios XV, 28): porque ahora, por naturaleza, todas las cosas le están sujetas, como criatura al Creador; pero por voluntad, debido al libre albedrío, no vemos que todas las cosas le estén sujetas: entonces, en el día del juicio, cuando en el nombre de Jesús toda rodilla se doblará, de los celestiales, terrenales e infernales, y toda lengua confesará que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filipenses II, 10, 11), todas las cosas sin fin, y por voluntad y naturaleza le estarán sujetas: y Él mismo, después de la sujeción de todas las cosas a Él, permaneciendo en esa sujeción y caridad en la que siempre, Él mismo como Hijo estará sujeto a aquel que le sujetó todas las cosas: ningún cristiano que escucha ignora, porque la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Cristo (Romanos X, 17): para que Dios sea todo en todos, siempre teniendo la monarquía y el poder de todo, a quien sea la gloria y el honor, la alabanza y la acción de gracias, por su unigénito Hijo

nuestro Señor y Salvador, en el Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos.
Amén.